

Los italianos en la guerra

Don Amadeo Giusti, bien conocido en Puntarenas, y quien hace algunos meses partió para la guerra, nos ha enviado la siguiente carta:

En mi trinchera, 17—5—1916.

Señor Director de El Correo de la Costa

Puntarenas.

Muy señor mío:

Hoy cumplo mi quinto día de que por primera vez he venido a los campos de batalla, pues no es motivo ni el ruido del cañón ni el sacrificio que se hace para dejar de tener un recuerdo de los amigos que en lejanas tierras dejé.

Me encuentro sobre el monte San Michele, a pocos kilómetros de la ciudad de Gorizia, adonde todavía se iza el pabellón austriaco.

Todos estamos separados en trincheras, pues ningún soldado se ve con el enemigo, solamente en el momento de efectuar algún asalto, que de no ser en esos momentos son vanos los tiros de la infantería y de las ametralladoras, pues hay trincheras tan fuertes que no logran destruirlas ni los cañones de poco calibre.

De día todo es calma; sólo uno que otro tiro, pero desde cuando empieza a oscurecer hasta el amanecer, los tiros de las artillerías no cesan un solo momento.

A cada asalto los soldados italianos encuentran en los austriacos soldados que oponen mucha resistencia, pero es imposible imaginar lo contentos que se muestran al caer prisioneros en nuestras manos.

Ya los italianos han hecho prisioneros de los nacidos en el año 1898, los que en Italia se encuentran todavía en sus casas los nacidos en el año 1897.

La noche del 15 los austriacos trataron de asaltar nuestras trincheras, frente donde me encontraba con mi cañón lanzabombas. (Se reciente invención, que tira bombas de 47 y 87 kg)

Primero bombardearon por 5 horas consecutivas las trincheras de la primera línea con cañón de grueso calibre; después dieron el asalto, y en algunos puntos entraron adonde estaban colocando ametralladoras.

Hubieran logrado su intento a no haber sido descubierto a tiempo con nuestros reflectores el grueso número de soldados que a toda carrera venían de refuerzo; pero una vez vistos fueron arrasados por el fuego de nuestra artillería y obligados a dejar las trincheras nuestras. Los pocos que en ellas lograron entrar, ya por suerte salieron.

Son todos túneles los campamentos de nosotros, por lo que no pueden los austriacos descubrirnos en nuestros alojamientos, pues de lo contrario no se podría estar, pues para ellos es muy suficiente ver cualquier grupo de soldados, aunque sea de la Cruz Roja, cargando heridos o muertos para dejar venir una buena descarga de artillería.

Con nosotros llevamos las primeras medicinas, un par de anteojos y una máscara para protegernos contra el gas asfixiante que tiran a cada momento.

El correo nos llega diario hasta la trinchera, lo mismo que nuestros alimentos que nos llegan tres veces al día: en la mañana el café; a las 10 a. m. nuestro pan con caldo, carne y queso y a las 4 y media p. m. sopa con un vaso de vino; el fumado lo tenemos gratis y muy a menudo nos reparten golosinas, y también en las mañanas frías tenemos licor.

Hasta aquí es cuanto me consta, y por lo tanto concluyo enviándole un cariñoso saludo para Ud. y todos los puntarenses, y esperando sus órdenes me suscribo

De Ud. atp. S. S y amigo,

Amadeo Giusti